

## UBICACION DE JUAN LUIS VIVES (1492-1540)

### I

#### Humanismo y Renacimiento.

**E**L medioevo — mundo contradictorio en sus elementos componentes y en su historia militar y política — posee una unidad extraordinaria; una unidad que sublimiza los elementos dispares de su formidable vitalidad: ese mundo es uno en la fe religiosa; la humanidad europea cree toda ella en Cristo y su Evangelio.

Una segunda unidad se va formando poco a poco: los idiomas germanos ceden lugar en las capas media y superior de dicha sociedad al latín; y aunque no el latín clásico, un latín corrompido será el idioma general de los europeos durante muchas centurias.

Esa sociedad cristiana y feudal que habla y reza en latín macarrónico y que dura mil años, aunque tenga sus sombras, llena una época armoniosa y llena de luz.

Al cabo de ese tiempo el hombre se hastía de semejante ambiente y busca remozarse en la cultura greco-romana, en lo ya pasado. Nace de nuevo el genio clásico, aunque sea mucho decir. El movimiento intelectual y ar-

tístico — y vital — que se produce, se conoce con el nombre de *Renacimiento*.

Es un movimiento feliz si se le asimila a la tradición cristiana.

Y ha sido un movimiento desgraciado, de desviación, que desunió — hasta ahora — a Europa en tanto cuanto vació la fe de la mente europea.

Y cosa curiosa: con la sobrestimación de lo griego y de lo latino, la cristiandad se olvida de que hasta entonces hablaba sólo en latín y, simultáneamente, la aspiración a reconstruir el imperio romano se rompe definitivamente con la aparición de las diversas naciones europeas y con la invención unánime de media docena de idiomas vernáculos.

Lleva el Renacimiento en su seno una ponzoña delirante, de tipo intelectual. Es el Humanismo con inicial mayúscula.

El Humanismo anima las ciencias de la época. A pesar de no constituir un sistema, en filosofía se contrapone al saber oficial del medioevo, la Escolástica. Busca la supremacía de los valores humanos y huye de toda preocupación teológica, de la consideración de las postrimerías, del concepto del pecado y de la apreciación de lo sobrenatural.

Las corrientes renacentistas, cristianizadas, constituyen el tipo de más alta cultura a cuya posesión pueda aspirar el hombre contemporáneo.

El Humanismo, en cambio, ha destruído la cultura cristiana esencial, que carece de unidad universal desde su aparición. Por el Humanismo nos han venido las tres reformas, las tres revoluciones: la filosófica, la religiosa y la social, y con ellas el caos contemporáneo en que nos debatimos y que solamente será salvado por un renacimiento nuevo, católico, que acaso ya esté en germinación.

Muchas veces se llama humanismo (con minúscula) al fermento Renaciente.

Así, Ernesto Palacio (1) comentando la definición humanista que trae Walter Pater al final de su ensayo sobre Pico de la Mirándola (2), dice por su cuenta:

"Esta creencia en la unidad fundamental del espíritu humano, que nos lleva a sentir a nuestros antepasados viviendo en nosotros y a concebir la cultura como una continuidad y no como una serie sucesiva de negaciones, es lo que se trata de recuperar. Ella nos mueve a volvernos con amor y humildad hacia nuestros orígenes para beber, en la tradición heredada, la experiencia secular de la especie: actitud de ánimo radicalmente opuesta a la que inspiró los principios en que se funda la educación utilitaria".

Bellamente dicho: pero yo a los orígenes de esos principios y de esa educación los llamaré, en su conjunto, Humanismo, y a la cultura tradicional hermosada por luces antiguas, la seguiré llamando *cultura cristiana o renacentista*.

En este ensayo, quiero señalar la conjunción de esos tres movimientos grandiosos y diversamente fecundos que son la Escolástica, el Humanismo y el Renacimiento.

Y fijar, en el punto de encuentro, la posición de un filósofo español, Juan Luis Vives, que hace cuatrocientos años señaló como con un índice el camino que la cultura y la tradición debían tomar para no perecer en el acumulativo enrarecimiento espiritual de lo Humano (aquí sí que *demasiado Humano*).

(1) ESTUDIOS, Mayo de 1940, pág. 104.

(2) "La esencia del humanismo consiste en creer... que nada de lo que haya interesado alguna vez a hombres y mujeres vivientes puede perder del todo su vitalidad: ni los idicmas que hablaron, ni los oráculos ante los que alzaron sus voces, ni los sueños que soñaron, ni nada que los haya apasionado alguna vez y les haya costado tiempo y celo".

## II

**Humanismo y Cartesianismo.****El hilo de la luz.**

El objeto de la ciencia no es el individuo que cambia, sino lo universal que permanece, enseñaba Sócrates como principio fundamental de la filosofía.

Lo universal que permanece, lo que está arriba, antes y afuera del individuo, la esencia, en fin, del ser, reside en la idea, desarrolló Platón.

La idea no existe sino en el y por el individuo; la esencia del ser reside en su forma, replica Aristóteles; y no es el hombre ideal el que engendra al hombre concreto, sino otro hombre real y concreto; todo objeto está constituido por causas; el conocimiento de las causas es el objetivo de la filosofía primera.

¡Qué magnífica síntesis! Esas tres generaciones de maestros, Sócrates de Platón, Platón de Aristóteles, Aristóteles del peripato, en ese siglo que va desde los años 440 al 340 antes de Cristo, realiza y cumple la investigación más extraordinaria de la verdad que podía hacer el genio humano con sus solas luces naturales. Ahí tenemos a ese Hombre que ha clasificado y explicado en sus cuatro mil años de existencia un cúmulo extraordinario de hechos e inventado un gran número de ciencias, experimentando la necesidad, ahora, de formar con todas ellas, con todas las ciencias, con todas las cosas, un sistema general de conocimientos y hallar así las causas de todo lo creado, conocido o cognoscible, y que logra, por la meditación acertada de tres hombres que se suceden en pocos años, en un sólo punto de la tierra, crear la filosofía de la realidad y de la verdad.

Y bien: en quince siglos nada fundamental va a incorporarse a esa enorme síntesis filosófica que acabo de bosquejar con indeciso lenguaje. Al cabo de ese tiempo, "se fit — dice Maritain — *la rencontre de la sagesse humaine et de la Verité divine, d'Aristote et de la Foi*".

Sto. Tomás de Aquino transportará al dominio del pensamiento cristiano la filosofía de Aristóteles en su integridad, para hacer de ella el instrumento de una suma teológica incomparable.

Entre Aristóteles, sigue diciendo Maritain, visto por Aristóteles y Aristóteles visto por Santo Tomás, hay la misma diferencia que existe en observar una ciudad a la luz de las antorchas y contemplar la misma ciudad a la luz del sol del mediodía.

Parte Santo Tomás del peripato y resuelve todas las cuestiones de la teología cristiana y crea una doctrina filosófica sin contradicciones internas, en sistema admirable y concluído, completo y perfecto, que es cumbre de la escolástica, sistema que admira, según Sixto V (1) por "aquel ordenado enlace y trabazón íntima y recíproca de materias y razones, por aquella armonía y disposición que guardan como la de un ejército en forma de batalla, por aquellas definiciones y divisiones tan perfectas y luminosas, por aquella fuerza incontrastable de argumentos y aquellas agudísimas controversias con que la luz es separada de las tinieblas y *la verdad del error*".

La escolástica, que había nacido en los tiempos de Alcuino, en el siglo IX, recibe la herencia de los Padres griegos y latinos y de grandes filósofos, pero se puede decir que alcanza su estado adulto y perfecto, de una vez, con Santo Tomás de Aquino. Él la deja constituída, terminada. Con él responde a todas las cuestiones filosóficas esenciales. Admite, sin embargo, fecundaciones posteriores, pero no en los problemas capitales. La *Summa Teológica*

---

(1) Bulla *Triunfantis*.

es el único libro que se pone junto a la Biblia, sobre los altares, por el Concilio de Trento, para que sirva a los doctores de inspiradora en sus deliberaciones.

También, después de Santo Tomás, fenece la escolástica; como está dicho todo, la escuela con Santo Tomás es definitiva; y los que vienen después, en el siglo XIV, comienzan a errar y a irse muy lejos. Y por el nominalismo de Occam llegamos al racionalismo cartesiano. Y Dios castiga duro la desviación: encamínase el error tras el error y del empirismo baconiano vamos al sensualismo de Condillac y al idealismo de Berkeley. Bajaremos más. Llegaremos al fenomenismo de Hume y al grosero materialismo de Helvecio. Por la otra escalera, del racionalismo cartesiano descenderemos al panteísmo de Spinoza. Pero es una escalera de muchos peldaños. Este se llama idealismo conceptualista de Kant, y estotro idealismo lógico de Hégel. Al lado de la escalera, para ir más rápido al fondo, hay un precipicio. Si caemos en él, en su sima, nos esperan espantosos peñascos: el panteísmo idealista de Fichte y el positivismo de Comte y el materialismo de Buchner y Moleschott. En el fondo del barranco corre una cloaca... En fin, toda la locura moderna, que Occam y Descartes nos atraen, como el campanario al rayo.

### El engaño de la vanidad.

San Pablo advierte, en la epístola a los Colosenses (2) que estemos sobre aviso, que ninguno nos engañe por medio de una filosofía falaz, con vanas sutilezas y sofismas.

Pues eso es lo que pasó con la escolástica del tercer período, en aquellos siglos estériles catorce y quince.

Comprendo que algunos no lo entiendan así y anden admirados de aquel hermoso discurrir y discutir, tan ablan-

(2) Cap. II, 8.

dadores de la inteligencia dialéctica. Pero los efectos han sido muy malos.

No deja de tener razón Descartes cuando afirma de un escolástico lo que podía haber dicho de todos los de la decadencia: "habla de todo sin saber de nada". ¡Y de qué beato lo decía!

¡Pues si venimos a los tiempos en que se hace y cocina el Renacimiento! Observemos el estado de la ciencia en ese instante. He aquí que la filosofía ha degenerado del todo en disputas pueriles. Un vano formalismo ha sustituido al estudio de los problemas esenciales. Se discute ociosamente sobre mil cuestiones huera de todo contenido. El método silogístico se ha hipertrofiado en la discusión necia.

Y paga las consecuencias Mosén Aristóteles. Llega a hartar su autoridad omnímoda, y el traerle y el llevarle en todas las contiendas.

Además, Aristóteles, que había poseído el genio de la deducción, "llevado hasta el escrúpulo", según un autor, analizó con mucha detención el silogismo y colocó sus formas en el principio del raciocinio deductivo. Según él la sagacidad residía en encontrar pronto el término medio en los razonamientos silogísticos. Y estos escolásticos de los siglos XV y XVI, usaron no sólo las formas legítimas de los mismos, sino algunas de las ilegítimas, verdaderos sofismas, cuyo abuso junto con la abundancia de prescripciones formales esterilizó y pedantizó las reglas de la deducción.

Hubo un hartazgo de peripatetismo y de sutilezas.

Los autores se ahogaban en esa atmósfera y en esos caminos transitadísimos de la dialéctica. *Pero las desviaciones filosóficas sólo ocurren a partir de Descartes.*

Después del autor del *Discurso sobre el método*, en tres siglos, créase un verdadero árbol de errores. Si se pudiera dibujar ese árbol, aun a título de procedimiento pedagógico, se verían en sus ramas prolongarse las consecuencias,

a veces las más opuestas, del cisma filosófico que importan el método y el sistema cartesianos.

Pero se me dirá que el Humanismo es inocente de todo lo que vino después. El Humanismo llena el siglo XVI. En cambio, Descartes vive en el siglo siguiente, y después de él nacen Spinoza y Leibnitz. Kant ocupa todo el siglo XVIII; Hégel la primera mitad del siglo XIX. Lo mismo ocurre con la descendencia filosófica de Bacon: Locke muere en 1704; Condillac en 1780; Conte en 1857; Buchner y Moleschott a fines del siglo pasado. ¿No estamos ya muy lejos del Humanismo, para achacarle culpas tan lejanas?

Mas es que el Humanismo es la cabeza de todo el movimiento filosófico contemporáneo: es él, quien se revuelve contra el principio de autoridad, contra el respeto debido a las escuelas, contra el empleo del silogismo; contra el método deductivo; es el Humanismo el que crea esa ansiedad por rehacer los estudios, por recrear la filosofía y por partir de nuevos principios a la búsqueda de viejos problemas, por el hallazgo de nuevos sistemas.

He aquí la primera consecuencia: que en vez de proseguir lo ya empezado, todos quieren inventar la filosofía y así, en tanto que para Aristóteles, Santo Tomás y Vives la Metafísica es el fin y el término óptimo y supremo de todas las investigaciones de la ciencia, desde Descartes cada filósofo pretende crear su metafísica *a priori*, partiendo de una elección particular de cada autor (Descartes el *cógito*; Spinoza, la *sustancia*; Leibnitz, la *mónada*; Kant, el *nómenos*; Fichte, el *yo puro*; Schelling, el *absoluto*; Hégel, la *idea*).

Pues, ¿qué? Kant, ¿no se despierta de su sueño dogmático, como cualquier humanista, bien avanzada la tarde, en pleno siglo XVIII, con la lectura de Hume? Es que cada autor sirve al otro para tenerlo despierto del sueño dogmático y de punto de mira para crear un sistema que no se parezca en nada a lo ya conocido.



### Descartes, símbolo del humanismo.

Si quitamos en esa aritmética del error, en esa multiplicación de sistemas, que no pueden poseer todos la Verdad íntegra, las piezas principales, condicionadas a su vez por las exigencias humanistas, estamos seguros que muchas escuelas no se hubieran producido todavía. Acaso, entonces, el pensamiento humano no hubiera caído en el abismo del método crítico agnóstico de Kant, a cuyo genio se debe esa noche de la filosofía que representa el idealismo alemán, con todas sus extravagancias, tanto del lado del subjetivismo trascendental del filósofo creador, como del lado del idealismo, ya psicológico, de Fichte, ya físico, de Schelling, ya lógico, de Hegel...

Sin Descartes, sin Locke y sin Leibnitz el filósofo de Königsberg, no tiene existencia posible, puesto que Kant se sube a lo trascendental para estudiar y apreciar la verdad o el error de la sensualización de los conceptos del entendimiento que hace Locke o de la intelectualización de los fenómenos sensibles que verifica Leibnitz.

Y sin Kant no se comprende la posibilidad de las escuelas germanas posteriores a él, ese caos o vértigo del filosofar que nos hace sonreír de la sensatez humana, tanto como admirar el genio del hombre que ha sabido hacer nacer ese sincretismo de ideas, ese laberinto de opiniones elaboradas con tanta inteligencia como falta de tino en sus relaciones con la verdad.

Locke es el anti-Descartes, pero se halla en su misma línea; sin contar que mucho de lo positivo que el filósofo de Bristol enseñó lo tomó directamente de su antagonista.

Leibnitz es una defensa viva de Descartes contra Locke, amén de ser un filósofo ecléctico que quiere completar y perfeccionar lo mismo a Aristóteles que a Descartes y que a Locke.

Descartes es, pues, y esto se admite de un modo universal, el padre de la filosofía moderna; de toda ella.

En Descartes la falta de genio filosófico de los humanistas encuentra su reparación. Ellos iban contra esto y lo otro, por éstas y aquéllas razones, animados de un afán destructivo y vago. Pero ellos no daban nada en cambio. En Descartes, aunque torcida, la filosofía nace de nuevo. Él está animado de los mismos rencores de que están animados Erasmo o Gassende. Pero Renato Descartes sabe con qué armas atacar la vieja doctrina y qué nueva vida dar en cambio de la que va a quitar.

Yo pienso, luego existo: *cogito, ergo sum*. Yo soy, ¿pero qué soy? Un ser que piensa. Pero para pensar es necesario existir. ¿Hay en el pensamiento algún elemento que permita deducir una existencia anterior a la mía? Sí, porque si yo dudo, como veis que dudo, tengo un pensamiento imperfecto; el pensamiento imperfecto dice de la existencia de un pensamiento perfecto, que tiene que ser Dios. Y así sucesivamente, hasta que... creamos una nueva filosofía. A medias. Porque la deducción matemática no se puede aplicar más que en cosas abstractas y no es practicable en todas las clases de conocimiento. Es el de Descartes, por eso, un método incompleto, falso. No se ase con él toda la realidad existente; con él se va a la pura abstracción, a esa tendencia idealista que caracteriza el siglo XVII y que, aunque cede durante el principio del siglo XVIII la primacía del error al empirismo de Locke, Berkeley y Condillac, se recupera en forma genial en la segunda mitad de dicho siglo con el idealismo de Kant y sus sucesores germánicos.

*A Descartes debe, por lo tanto, el Humanismo, haber logrado una vivencia y una influencia que de otro modo y por sí, no era posible ofrecer al espíritu por quien luchaba.*

(Continuará)

T O M A S D E L A R A